

los versos que el poeta persa puso en labios de Mahomet el Conquistador, cuando colocó los pies en el palacio devastado de los Emperadores de Oriente:

—"La inmundada araña urde su tela en la Sala de los Reyes, y de las cumbres orgullosas de Erasciab, el cuervo lanza al viento su canto siniestro."

LOS ÚLTIMOS DIAS.

En este punto encuentro rota la cadena de las reminiscencias detalladas y lúcidas que permiten las largas descripciones; y no recuerdo más que una serie de afanosas correrías de una á otra ribera del Cuerno de Oro, y de Europa á Asia, después de las cuales, por la tarde veía pasar rápidamente ante mí, como un sueño, ciudades luminosas, muchedumbres inmensas, bosques, flotas, colinas... Y el pensamiento de la próxima partida daba á todo cierto color de tristeza, como si aquellas visiones no fuesen ya más que recuerdos de país lejano.

Sin embargo, algunas imágenes conservo inmóviles en medio de la fuga de personas y de cosas á las cuales me parece asistir cuando pienso en aquellos días.

LAS MEZQUITAS.

Recuerdo la bella mañana en que visité la mayor parte de las mezquitas imperiales, y al pensarlo, me parece todavía que se hace á mi alrededor un inmenso vacío y un solemne silencio.

La imágen de Santa Sofía no disminuye la maravilla que se experimenta al entrar por primera vez en aquellos titánicos muros. Allí como en otras partes, la religion de los vencedores se ha apropiado el arte de la religion de los vencidos.

Casi todas las mezquitas están imitadas de la Basílica de Justiniano; tienen la gran cúpula, las medias cúpulas superpuestas, los patios y los pórticos; algunas afectan la forma de cruz griega.

Pero el islamismo ha esparcido por todo el color y la luz propia, de modo que lo complicado de aquella forma comun, presenta la apariencia de un edificio nuevo, en el que se entreven los horizontes de un mundo desconocido y se siente el áura de otro Dios.

Son naves enormes, de una sencillez austera y grandiosa, blancas por todas partes, iluminadas por innumerables ventanas, que derraman abundante luz dulce é igual, en la que la vista lo alcanza todo, de uno á otro extremo, y descansa, al mismo tiempo que el pensamiento, casi adormecido en quietud suave y difusa, que semeja

á la de nevado valle, cubierto por blanco cielo.

No se creería estar en un lugar cerrado si no se sintiese el eco sonoro de los propios pasos. Nada hay que distraiga la mente: el pensamiento vá derecho, á través de aquella bóveda y aquella claridad al objeto de la adoracion. No hay motivos de melancolía ni de temores; no hay ilusiones, ni misterios, ni ángulos oscuros, en los que brillen vagamente imágenes de complicada jerarquía de seres sobrehumanos que ofuscan la inteligencia; no hay más que la idea clara, limpia, imponente, formidable de un Dios solitario que ama la desnudez de los desiertos inundados de luz, y no admite más simulacro de sí mismo que el cielo.

Todas las mezquitas imperiales de Constantinopla presentan este mismo aspecto de grandeza que levanta la mente, y de sencillez que la fija en un solo pensamiento y discrepan tan poco en sus detalles, que es difícil recordarlas una por una.

La mezquita de Ahmed, enorme, y sin embargo graciosa y ligera, en su parte exterior, como edificio aéreo, apoya su cúpula sobre cuatro desmesurados pilares redondos de mármol blanco, en cuyo seno se podría abrir cuatro pequeñas mezquitas y es la única de Stambul que tenga la corona gloriosa de seis alminares.

La mezquita de Soliman, que es mejor que

templo, una ciudad sagrada en la que se pierde el forastero, está formada por tres naves, y su cúpula, más alta que la de Santa Sofía, reposa sobre cuatro maravillosas columnas de granito rojo que recuerdan los troncos de los árboles gigantes de California.

La mezquita de Mahomet es una Santa Sofía, blanca y alegre; la de Bayaceto, goza la primacía de la elegancia de las formas; la de Osman, luce por todas partes mármol; la de Sciá-Zadé, ostenta los dos más graciosos minaretes de Stambul; la de Ak-Seraí, resulta el modelo más original del renacimiento del arte turco; la de Selim, es la más grave; la de Mahmud, la más caprichosa; la de la Sultana Validé, la más adornada.

Cada cual posee su belleza propia, ó una leyenda ó un privilegio. Sultan-Ahmed, custodia el estandarte del Profeta; Sultan-Baizit, está coronada de palomas; Solimanié, celebra la inscripcion de Kará-hissarí; Validé-Sultan, tiene la falsa columna de oro que costó la vida al conquistador de Canea; Sultan-Mehemet ve once mezquitas imperiales inclinar la cabeza á su alrededor, como ante el manípulo de José se inclinaban los manípulos de sus hermanos.

En una se levanta la columna del palacio imperial y del Augusteon de Justiniano, que lucía las estátuas de Vénus, de Teodora y de Eudisia; en otra se encuentra el mármol de la iglesia

antigua de Calcedonia, columnas de las ruinas de Troya, pilastras de templos de Egipto, vidrios preciosos robados en los palacios persas, materiales de circos, de fosos, de acueductos, de basílicas; todo confuso y desvanecido en la inmensa blancura de la religion vencedora.

Interiormente se diferencian aún ménos que en la forma externa. En el fondo hay un púlpito de mármol; enfrente, la tribuna del Sultan cerrada por una verja dorada; junto al Mirahb, dos candelabros enormes que sostienen antorchas altas como troncos de palmera, y por toda la nave lámparas innumerables formadas por grandes globos de cristal dispuestos de original manera, que parece más propia de gran baile que de solemnidad religiosa.

Las grandes inscripciones ságradas que giran alrededor de las pilastras, de las puertas, de las ventanas, de la cúpula, algun fresco pintado á imitacion del mármol y los vidrios dibujados é iluminados de caprichosa hojarasca, forman todo el ornato, que resalta de la blanca desnudez de aquellos muros monumentales.

Tesoros de mármol están profusamente derramados en el pavimento de los vestíbulos, en los pórticos que circundan los patios, en las fuentes para las abluciones y en los minaretes; pero no alteran el carácter graciosamente sóbrio y austero del edificio todo blanco, circundado de verde y co-

ronado de cúpulas, destacándose sobre el azul del cielo.

Y la mezquita no ocupa sino la parte más pequeña del recinto, el cual abraza un laberinto de patios y de casas. Allí hay auditores para la lectura del Coran y depósitos para los tesoros de los particulares, bibliotecas y academias, escuelas de medicina y escuelas para los niños, barrios para los estudiantes y cocinas para los pobres, manicomios, enfermerías, asilos para los viajeros y sala de baño; una pequeña ciudad hospitalaria y benéfica, agrupada en torno de la mole altísima del templo, como al pié de una montaña y sombreada por árboles gigantescos.

Pero todas estas imágenes se han oscurecido en mi mente, y no veo más en este punto que la pequeña manchita negra de mi persona, casi imperceptible como un átomo, en la nave enorme, en medio de largas filas de pequeñísimos turcos que oran arrodillados, y marchó adelante abrumado por aquella blancura, desvanecido por aquella luz extraña, desconcertado por aquella inmensidad, arrastrando mis holgadas babuchas, y mi desdichado orgullo de escritor *descripcionista*, y me parece que una mezquita se confunde con otra, y que se extiende á mi alrededor en todas direcciones, una sucesion interminable de pilas-tras y bóvedas, y una muchedumbre blanca é infinita en la que se pierde mi mirada.

LAS CISTERNAS.

Las reminiscencias de otro día son todas oscuras y llenas de misterios y de fantasmas. Entro en el patio de una casa musulmana, desciendo á la luz de una linterna hasta el último peldaño de una escalera tétrica y húmeda, y me encuentro bajo la bóveda de Kere-batan Seraí, la gran *cisterna* *basílica* de Constantino, de la cual, el vulgo de Stambul dice que no se conocen los límites.

Las aguas verdosas se pierden bajo la negra bóveda, alumbrada por un rayo de luz lívida que aumenta el horror de las tinieblas.

La linterna alumbrada de lleno los arcos vecinos á la puerta, hace brillar los muros goteantes y revela confusamente filas interminables de columnas que interceptan la mirada por todas partes como los troncos de los árboles en espesísima selva.

La fantasía, atraída por la voluptuosidad del terror, se lanza por aquellas fugas de pórticos sepulcrales, contemplando las aguas siniestras y se pierde en infinitos giros vertiginosos en medio á las innumerables columnas, mientras la oscura voz de un *dragoman* cuenta la terrorífica historia del que se aventuró en una barca en aquel subterráneo para descubrir sus confines y volvió mu-

chas horas despues, bogando desesperadamente, con el rostro descompuesto y el cabello erizado, mientras las bóvedas lejanas repercutían fragorosas carcajadas y silbidos agudos; y de otro, que no volverá jamás, y que acabó, quién sabe cómo, tal vez helado de terror, tal vez arrastrado por corriente misteriosa á un abismo desconocido, muy lejos de Stambul, Dios sabe dónde.

Esta lúgubre vision desaparece de improviso en la gran luz de la plaza del At-Meidan, y pocos minutos despues me encuentro de nuevo bajo tierra, entre las doscientas columnas de la cisterna Bin-Birdireck, donde cien operarios griegos hilan la seda, cantando con voz aguda una cancion guerrera, alumbrados por un rayo de luz pálida que se rompe en los cruceros de las arcadas; y siento sobre mi cabeza el estrépito confuso de una caravana que pasa.

Despues, nuevamente el aire libre y la luz del sol, y luego otra vez la oscuridad, bajo otras arcadas seculares, en medio de otras filas de columnas, en una quietud de sepulcro, turbada por sonido débil de voces lejanas; y así hasta la tarde, una peregrinacion misteriosa y pensativa, despues de la cual permanece mucho tiempo ante mis ojos la imágen de vasto lago subterráneo, en el cual se ha hundido la metrópoli del imperio griego y en el cual Stambul sonriente é incauta debe á su vez sumergirse.

SCUTARI.

Toda esta oscuridad se desvanece ante la espléndida imágen de Scutari. Yendo á Scutari, sobre un piróscafo lleno, discutíamos siempre mi amigo y yo, si la primacía de la belleza pertenece á aquella ribera ó las dos playas del Cuerno de Oro. Yunk prefería Scutari, yo Stambul.

Pero Scutari me enamoraba con sus imprevistos cambios de aspecto, con los cuales parece que quiere jugar con quien á ella se aproxima viniendo del lado del mar.

Mirada desde el Mármara, no parece más que un gran pueblo extendido sobre una colina. Mirada desde el Cuerno de Oro, presenta ya el aspecto de una ciudad.

Pero cuando el piróscafo, girando en torno á la punta más avanzada de la ribera asiática, vá recto hácia su puerto, entonces la ciudad se extiende y se levanta; las colinas cubiertas de edificios, surgen unas tras otras; los barrios desembocan de los valles; las quintas se vierten sobre las alturas; la ribera, toda pintada por casitas, se esparce hasta perderse de vista; una ciudad inmensa, pomposa, teatral, que no se comprende dónde podía estar oculta, salta á la mirada en pocos mo-

mentos como el levantarse de inmenso telon, y hace permanecer estupefacto como esperando que vuelva á desaparecer.

Se desciende por una escalera de madera, entre un entrecruzarse de barqueros y un ir y venir de caballos y dragomanes y se vá hácia arriba por la vía principal que sube dulcemente, serpenteando en medio de casitas encarnadas ó amarillas, revestidas de hiedra ó pámpanos entre muros de jardines que rebosan verdura, bajo altos emparrados, á la sombra de grandes plátanos, que cierran casi el paso; se cruza ante el Café turco, lleno de zagalones asiáticos que fuman recostados con los ojos fijos no se sabe dónde; se encuentran rebaños de cabras, pesadas carretas del campo, tiradas por búfalos con la cabeza cubierta de flores, labriegos con fez y turbante, convoyes fúnebres, musulmanes y brigadas de *hanum* que llevan ramos de flores.

Parece ver otra Stambul, ménos majestuosa, pero más graciosa y más fresca que la de las Siete Colinas. Es como una gran ciudad campestre.

La campiña la invade por todas partes. Las callejuelas flanqueadas de establos, descienden y suben por valles y colinas y se pierden en el verde de los jardines y de las huertas.

En la parte alta de la ciudad reina la paz profunda del campo: en la parte baja palpita la vida activa de las ciudades marítimas; de los grandes

cuarteles que surgen aquí y allá, sale rumor confuso de gritos, de cantos y de redobles, y millares de pájaros aletean por las callejas solitarias.

Siguiendo un entierro salimos de la ciudad y nos internamos en el cementerio famoso, perdiéndonos en un bosque de altísimos cipreses que se extiende desde el Mármara al Cuerno de Oro sobre vasto terreno montuoso. Blanquean las lápidas allá donde alcanza la vista en indefinidas hileras sin simetría alguna, entre flores silvestres y césped variado en los centros de infinita red de sendas y veredas, en medio de apiñados troncos que apenas si consienten divisar en lontananza girones de cielo.

Avanzamos al acaso revisando á derecha é izquierda cipos, inscripciones y cartelas raras, pintadas y doradas, cubiertas y rodando por el suelo, dentro de las cancelas de los panteones de familia, al lado de sepulcros de bajás, de mausoleos elegantes, columnillas rudas y vulgares, reparando en ramos de flores por do quier y montones de cráneos que salen á flor de tierra donde el suelo se halla todavía recién removido, oyendo el arrullo de las palomas ocultas en las copas de los árboles... y á medida que se adelanta, el bosque se agranda, las piedras de las tumbas se multiplican,

los caminos se suceden, los retazos de cielo se alejan, el horizonte se desvanece y el reino de los muertos parece que se eterniza caminando con nosotros mismos, como si lo llevásemos en las entrañas... y casi estamos á punto de preguntarnos si hay salida de tan inextricable laberinto, cuando damos en un ancho camino, que conduce á la vasta llanura de Haidar-bajá, donde se reunían los ejércitos musulmanes para partir á las campañas de Asia, y abrazamos con una ojeada el Mármara, Stambul, la embocadura del Cuerno, Galata y Pera, todo velado ligeramente por los vapores de la mañana y envuelto en las tintas de color paradisiaco, que provocan en nuestro ánimo el estremecimiento del placer de la llegada.

PALACIO DE CERAGAN.

Otra mañana nos encontramos en un wagonazo del tranvía entre dos colosales eunucos negros, comisionados por un ayudante de campo del Sultan Abdul-Azis para conducirnos á visitar el palacio imperial de *Ceragan*, situado en la ribera del Bósforo, á los piés del barrio extramuros de Bechic-Tass.

Me acuerdo perfectamente del sentimiento indefinible, mixto de curiosidad y repugnancia que me inspiraba la vista del eunuco que llevaba á mi lado y al que miraba con el rabo del ojo, y alzando la cabeza un tanto, pues sobresalía un palmo por encima de mi persona. Tuvo, lo recuerdo muy bien, durante la travesía una mano sobre una de sus rodillas... inmensa. No encuentro ahora un símil apropiado para dar idea del tamaño de aquella manopla á mis lectores. Y cada vez que me volvía, percibía el perfume derramado profusamente en su cuerpo y sus vestidos, análogo á esencia de bergamota, y usual en los cortesanos, juntamente con otros mil variados aromas. Las telas de sus trajes eran finísimas y su hechura distinguida y nada vulgar.

Cuando hicimos alto, eché mano á mi bolsillo para pagar, pero aquella manaza cortó mi ade-

man aferrándome entre cortés y ofendido, y los grandes ojos de mi hombre, digo, *de mi eunuco*, se fijaron en mí como diciendo:—¡Cristiano, no vayas á hacerme este desaire ó te reviento!— ¡Bueno hombre, bueno, que diga, bueno eunuco, bueno! pensé para mi coletto, y bajamos delante de una puerta pequeñina cuajada de arabescos.

Recorrimos larguísimo corredor, donde nos salió al encuentro una escuadra de criados de librea (á la manera turca, se entiende), nos calzamos las babuchas, subimos ancha escalera que conducía á los salones del palacio, y... no hubo necesidad de evocar recuerdos históricos para procurarnos una ilusion completa fingiéndonos aquella vida, la vida que allí se respira.

El ambiente aún se hallaba caldeado por el hálito de la córte. Los ámplios divanes forrados de terciopelo y raso que se extendían á lo largo de las paredes, eran precisamente los mismos en que se sentaron semanas antes las odaliscas del Gran Señor. Característico perfume de existencia muelle y fastuosa henchía el espacio.

Atravesamos larga série de salas, salitas y salones decorados á la europea y á la oriental, nítidos y bellos, con cierta sencilla elegancia, que obligaba ante las estancias soberbias á bajar la voz, mientras los eunucos, balbuceando incomprendibles explicaciones, nos indicaban ora un ángulo, ora una puerta, ora un rinconcillo con ges-

to reverente y circunspecto, ademan como si se tratase de sagrados misterios. Las cortinas de damasco, los tapices y alfombras multicolores, las mesas de mosaico, los lindos cuadros al óleo, colgados, con la luz al revés, los bellos arcos festoneados, los ángulos del techo ornados de caprichosas estalactitas, los pasos de una á otro cámara divididos por pórticos caprichosos é intercolumnios artísticos de estilo árabe, los altísimos candelabros y pebeteros semejantes á árboles de cristal que resonaban con retintín á nuestro paso movidos los colgantes de cristalería y metal por la natural trepidacion del piso, escena tras escena se sucedían apenas vistas en nuestra fantasía repleta de imágenes fugitivas y de cadinas sorprendidas en sus escondites.

No se me grabó, sin embargo, en la memoria ninguna de estas habitaciones tan vivamente como la sala de baño del Sultan, toda de mármol blanco esculpido y rebosando por todos lados estalactitas, trececerías confusas, caídas de flores, grecas entrelazadas, figuras geométricas raras y recamado el conjunto con pasmosa delicadeza, tal, que piensa uno van á quebrarse los adornos con ser tocados simplemente con la punta del dedo. La distribucion de las salas me recordaba vagamente la disposicion de las principales estancias de la Alhambra.

Marchábamos de prisa sobre espesísimos tapi-

ces sin causar el más insignificante rumor, casi furtivamente.

De cuando en cuando, un eunuco tiraba de un cordón y se levantaba un cortinaje, descubriendo detrás de morisco ajiméz el soberbio panorama del Bósforo, Asia, las naves, la incomparable luz de aquel cielo sin rival... y todo desaparecía á los dos segundos, cuando empezábamos á contemplarlo, porque el eunuco dejaba el cordón del trasparente, y la vision teatral desaparecía rápidamente, permaneciendo como deslumbrados por un relámpago.

Desde un mirador, recreamos la vista en un jardincito cercado por altas tapias, lindo, diminuto, simétrico, monjil, como de juguete, que nos reveló en un instante un mundo de secretas melancolías, de bellas mujeres sedientas de amores y de libertad, desapareciendo de improviso tras el cortinaje... Y las salas no se concluían nunca, y á la vista de una nueva puerta, apretábamos instintivamente el paso con objeto de asomarnos de repente á la cámara inmediata y sorprender á una bella... pero no vimos ni la huella de una mujer, ni la cola de un vestido, ni la más mínima señal femenina: las odaliscas todas se hallaban rigurosamente escondidas y profundo silencio imperaba por todas partes.

El crujir de la seda que nos hacía volver el rostro á cada momento, no era otra cosa que el

crujir de los pesados cortinajes de brocado que caían en los quicios de las puertas tras nuestro paso, y el retintín de los candelabros de cristal nos despertaba de la distracción, figurándonos siempre que era la risotada sonora de alguna bella oculta que se burlaba de nosotros.

Y por último, empezó al cabo á aburrirnos aquel ir y venir sin fin por aquel palacio mudo, entre aquellas riquezas muertas, viendo reflejarse á cada paso en las lunas de los espejos las negras fisonomías de los eunucos, y aquel séquito de criados siniestros y pensativos y nuestras dos caras atónitas de vagabundos.

Y salimos casi corriendo y experimentamos gran placer al encontrarnos al aire libre, en medio de miserables casas, entre el harapiento y vociferante populacho del barrio de Top-Hané.

EYUB.

¿Y cómo olvidar la necrópolis de *Eyub*?

Fuimos por la tarde, á la caída del sol, y se me ha quedado impresa en la memoria tal y cual la ví iluminada en lánguido desmayo por los últimos rayos del sol poniente.

Ligerísimo esquife nos condujo hasta los confines del Cuerno y saltamos en «la tierra santa» de los Osmanes, emprendiendo empinado vericuetos flanqueado de sepulturas.

Ya han abandonado á aquella hora los picapedreros y escultores que trabajan durante el día haciendo resonar con sus martillazos y golpes sonoros de cincel, la vasta necrópolis, y reina el desierto.

Adelantamos con circunspeccion mirando por si se nos aparecía el rostro severo de algun iman ó de algun dervis, porque allí ménos que en cualquiera otro lugar sagrado se tolera la curiosidad profana de un *yianurro*, mas afortunadamente no divisamos ni sombreros cónicos, ni turbantes. Llegamos con cierto temor hasta la misteriosa mezquita de Eyub, cuyos remates habíamos visto muchas veces desde las colinas y á lo largo del Cuerno de Oro. En el patio, á la sombra de cor-

pulento plátano, se levanta en forma de kiosco, perpétuamente alumbrado por una corona de lámparas, el mausoleo que encierra los restos mortales del porta-estandarte célebre del Profeta, muerto con los primeros musulmanes bajo Bizancio; y encontrado ocho siglos más tarde, se le sepultó en aquel paraje por Mahomet el Conquistador. Mahomet le consagró aquel templo, á donde van los grandes Bajás á ceñir solemnemente la espada de Otman, ya que aquella es la más sacrosanta de las mezquitas de Constantinopla, de igual modo que el cementerio que la circunda es el más sagrado de los cementerios. Alrededor de la mezquita, á la sombra de los árboles, se levantan los *turbé* de los Sultanes, de los Visires, de los grandes de la corte, circundados de flores, resplandecientes de mármoles, adornados de oro y decorados con pomposas inscripciones.

Separadamente está situado el templete mortuorio de los muftí, cubierto por cúpula octogonal, en cuyo seno descansan los grandes sacerdotes encerrados en enormes catafalcos negros, coronados por altísimos turbantes de muselina. ¡Ciudad mortuoria, blanca y sombría de real elegancia, inspira á la par religiosa tristeza y sentimientos indefinibles en que subsiste algo mundano, análogo á un barrio aristocrático, mudo, con soberbio silencio!

Pásase al lado de blancos muros y delicadísi-

mos cancelos, de donde cuelgan guirnaldas y cascadas de verdor, y las acacias brindan con sus ramos, y la armonía de la Naturaleza se entrelaza de maravillosa manera, con encinas y mirtos... y por los huecos de las lindas verjas sale la vejetacion, animando la tristeza de los mausoleos, juntamente con la luz suave y poética que tiñe los mármoles con los reflejos de aquellos colores primaverales.

En ningun otro sitio de Stambul se explica mejor ni tan graciosamente el arte musulman, convirtiendo en grata la idea de la muerte, embelleciendo la imágen del no-ser. Reúnense allí dentro una necrópolis, un jardin, un palacio, un panteon, y todo lleno de melancolía y de gentileza, de galanura y atractivos, que provoca á la vez, la sonrisa y la oracion en los lábios!...

Y por todos lados cercan á la necrópolis otros cementerios y otros huertos, sombreados por copudos árboles, cruzado en todas direcciones de caminos y sendas, y esmaltados de cipos, lápidas, inscripciones, columnas, á la manera de soldados desplegados en guerrilla y que tratan de precipitarse por las colinas para ir á buscar las ondas. Y por los agujeros estrechos que las cumbres de los árboles apenas dejan, se divisa en lontananza Stambul, presentando la perspectiva de una ciudad que huye á pedazos en el azul ambiente, distribuida en grupos y pelotones de casas.

Al pié murmuran mansamente las aguas del Cuerno de Oro, doradas por los postrimeros tonos del astro rey, y enfrente se destacan con perfecta claridad los barrios de Sudluché, Halichí-Ogli, Piri-Bajá, Hass-Kioi, y más lejos aún, Kassin y el vago contorno de Galata, perdido en una gradacion de tintas trémulas, inciertas y moribundas, que no parece cosa de esta tierra.

MUSEO DE LOS GENÍZAROS.

Toda esta vision fantástica se desvanece y me encuentro paseando por dilatados salones en medio de dos filas inmóviles de siniestras figuras que semejan cadáveres clavados en las paredes.

No recuerdo haber experimentado jamás una sensación tan viva de repugnancia, si se exceptúa en Lóndres, en la última sala del Museo Tussaud, donde se entreven en la oscuridad los más horrendos asesinos de Inglaterra. Es como un museo de espectros ó más bien un sepulcro abierto, en el cual se encuentran momificados los más famosos personajes de aquella vieja Turquía, espléndida, extravagante y feroz, que no existe ya sino en la memoria de los ancianos, ó en la fantasía de los poetas. Son centenares de grandes figuras de madera coloreadas, vestidas con trajes á la antigua, derechas, en actitudes rígidas y soberbias, con la cabeza alta, los ojos desmesuradamente abiertos y las manos derechas sobre las empuñaduras de las espadas, que no parece sino que esperan una señal para desnudar los aceros y derramar la sangre, lo mismo que ocurría en los buenos tiempos de la antigüedad.

Primero está la servidumbre del Gran Bajá: el gran eunuco, el gran visir, el muftí, los chambela-

nes y altos funcionarios, con turbantes de todos colores y hechuras piramidales, esféricos, cuadrados, desproporcionados, prodigiosos, y caftanes de brocado y colores vivos, cubiertos de bordados, con túnicas de seda roja y blanca, con cinturones y fajas de cachemir, con sobrevestas doradas, con petos cubiertos de láminas de oro y plata, con armas magníficas dignas de príncipes: dos largas hileras, en fin, de espantajos originales y espléndidos que revelan admirablemente la naturaleza de la antigua corte otomana, impúdica y fastuosa, bárbara y soberbia.

Siguen á lo perteneciente al cuarto del Gran Señor, los pajes portadores de los mantos reales del Gran Bajá, de los turbantes, de la espada y del almohadon y taburete.

Después los guardias de puertas y jardines, los del Sultán, los eunucos blancos y los negros con caras de magos é ídolos, brillantes, empenachados con sombreros persas y cascos metálicos, gorros purpúreos, turbantes estrafalarios de figura de media luna, cónicos y de pirámides truncadas invertidas, armados con látigos de acero, con puñales y fustas como cuadrilla de asesinos y verdugos; mira el uno con aire de desprecio, otro rechina los dientes, un tercero muestra fuera de las órbitas dos ojos inyectados de sangre, un cuarto sonríe con expresion sarcástica digna de Satanás.

Finalmente, allí está el cuerpo de los geníza-

ros, con su jefe, su santo patron á la cabeza, Emin-babá, convertido en un esqueleto, vestido con blanca túnica, y varios empleados de todas categorías, simbolizados por los varios oficios de la cocina, y soldados de todas clases, con todos los emblemas y todas las divisas de aquel ejército insolente, exterminado por la metralla de Mahmud. Y tan grotescas y pueriles vestiduras producen en la memoria la impresion de una feroz payasada. La más descompuesta fantasía de pintor nunca logrará formar tan loca confusion de vestimentas de reyes, sacerdotes y bandidos. Los aguadores, los cocineros, los reposteros, los soldados encargados de servicios especiales se suceden en interminable série, con las cucharas en los turbantes ú otros emblemas colgados de los cinturones de sus túnicos, tales como odres, ó como aquellas famosas marmitas ó sartenes con que se daba la voz de alarma en los motines palaciegos. Es de ver los morriones de pelo con las caidas de tela ó gasa que bajan por la espalda á manera de mantos de nigromante, de la nuca abajo, con los anchos cinturones cerrados por chapas de metal cincelado, con los sables gigantescos y ojos de cangrejo, bustos colosales, fisonomías contraídas en son de befa, amenaza ó insulto...

Los últimos que vienen son los mudos del Serrallo con el cordon de seda en la mano, símbolo de sus cargos de verdugos, y los enanos y bufo-

nes con caras de escrofulosos y cuellos llenos de costurones y ademan colérico y con coronas burlescas.

Las grandes vitrinas en las cuales está encerrada toda esta canalla, otorgan á los salones cierto aspecto de museo anatómico, no solo por las actitudes de las figuras, si que tambien por la apariencia cadavérica y de simulacro, que hace en ocasiones volver la cara con horror.

Al llegar á lo último, parece que se ha atravesado por una sala del antiguo Serrallo, en medio de toda la córte reunida y helada de pavora por el grito amenazador del Gran Bajá; y al salir y al encontrar en la plaza del At-meidan los bajás vestidos de negro y los nizam modestamente vestidos á la zuava... ¡oh, qué bella, amable, civilizada y simpática nos parece la Turquía de nuestros días!